



Tosía como perro con garrotillo, se tapaba con más de cincuenta ponchos...



CAPÍTULO VI

Vidaurri

I

EL señor licenciado recibió á Pepe todavía en cama. Tosía como perro con garrotillo, se tapaba con más de cincuenta ponchos, zarapes, colchas, toallas, sobrecamas y hasta pantalones y levitas; tenía la cabeza atada con un enorme paliacate rojo y meneaba con la mano derecha otro de flores raras, que le servía para acentuar las frases más altas de su discurso. Mas á pesar de tantas ropas, de tantísimos abrigos, de una camisa de lana y de dos almohadones que le servían para reclinar el cuerpo, su excelencia no abultaba ni una cuarta sobre la cama; parecía que hubieran metido un arenque ahumado entre aquel montón de cobijas. Pepe oyó el carraspeo desde que entró en la casa y al toparse

con la arrogante María, que llevaba una taza de caldo, ella le introdujo al cuarto del enfermo.

— Pase, amigo, dijo el doliente desde su cama, pase. ¿Qué milagro que se llega por la casa de los pobres? Como ya tenemos tantos días por aquí y su mercé no se paraba, me figuré que no quería vernos; pero si usted no se presenta nosotros le llamamos ¿no le parece?

Y blandió por los aires las flores amarillas del pañuelo de hierbas.

— Aquí me tiene á sus órdenes, señor; sino que...

— Pues siéntese, amigo, siéntese, que vamos á hablar largo. Acércale una silla, hija.

Tosió, carraspeó, escupió, se sonó, dejó al aire un fragmento del bigote tieso y mucilaginoso, y luego dijo esgrimiendo el trapo de colores:

— Pues sí, amigo, le llamé, me tomé la libertad de llamarle para pedirle un favor macho, un señor don favor.

— Usted dirá, señor.

— Ya sabrá usted cómo anda esto. Con haber escrito esa lindísima carta en que Zamacona le dice á Juárez las tres y la bailadora ya está al cabo de todo. Por cierto que Manuel se hace lenguas hablando de usted y de su letra... Un escribiente con ortografía, amigo Canuto, es como un cuervo blanco, *rara avis in terra nigroque simillima cygno*, me ha dicho... Bueno, eso no hace al caso; se

trata de lo siguiente: las cosas van aquí de mal en peor. Juárez no hace nada, no se mueve, no arregla cosa, no tiene cuenta con la situación. Pues ¿qué oportunidad podía haber mejor que la presente para tratar con los franceses? Ninguna, digan lo que quieran. Dentro de pocos meses estaremos en el riñón de algún desierto, en los Estados Unidos, en la cárcel, en cualquier parte, y los invasores no tendrán más tarea que la de imponernos condiciones. Esto no puede ser: los republicanos decentes, los que tenemos algo que defender y que no nos encontramos con una mano atrás y otra adelante, como los compañeros de don Benito, no podemos pasar por semejante vergüenza: hemos de salvar al país queriendo Juárez y no queriéndolo; ¿no le parece? El encastillado en su legalidad, en su *non possumus*, nos tiene dados al demonio y agorzomados, y lo cierto es que no hemos de consentir tal cosa.

Varias veces se había interrumpido para toser el licenciado durante su discurso, al grado que Brambila creyó que iba á arrojar los pulmones en uno de aquellos esfuerzos. La última vez, tras de agitar todo el cuerpo con terribles convulsiones, hizo el gallito propio de los niños que sufren tos ferina y se quedó amoratado sobre la almohada. Luego entre gimoteos y saltitos, el pobre diputado dijo con grandísimos trabajos:

— Yo... me... voy... me... voy... porque... me voy...

Y cayó con otro ataque de tos. Cuando se repuso, Brambila le oyó decir todo jadeante:

— Me muero... si sigo aquí... Todos se marchan: amigos íntimos de Juárez, ministros, generales... Yo, que nada soy, bastante hago... seis meses... seis meses hace que no me pagan mis dietas... Los franceses se han comprometido á respetar las adjudicaciones legales: llegan tratando de plantear un buen gobierno y no destrozándolo todo, como decían nuestros demagogos... Me voy.

Brambila oyó sin pestañear el discursillo, y luego que don Canuto fué dueño de todas sus facultades dijo esta razón, poco más ó menos:

— Le necesito como agua de Mayo, mi amigo, como agua de Mayo; usted me hace una valedura y no me dice que no. Mi hija, la pobrecita María, ya usted sabe, tiene que ir á Monterrey, á hablar... con un amigo... con un cliente... con un hombre que tiene en su poder los cuatro tlacos que heredó la infeliz... Yo, ya usted ve, estoy imposibilitado para moverme: dicen que enfisema, dicen que tos nerviosa, dicen que bronquitis: ni andar, ni comer, ni dormir; siete días con sus noches llevo de no probar el sueño... ya me ha visto Salas, y sus remedios como si se los aplicaran á la pared... ¿Quiere hacerme el favor de acompañar á la pobrecita María á ver á ese... cliente... á ese amigo? No me diga que no, porque me obliga á marcharme con ella y eso equivale á que me mate.

— Señor, contestó el escribiente dudando de su buena suerte; en tratándose de la hija de usted, de la pobre María, yo estoy pronto á lo que usted me ordene; sólo necesito consultárselo á mi jefe, el señor Prieto, que tan bondadosamente... digo, pedirle una licencia...

— No haga usted eso, amigo, no haga eso porque me descubre. El pobre Prieto, su jefe de usted, es de los chiflados como Juárez, Lerdo é Iglesias, que creen en el triunfo de nuestra causa y en la restauración de nuestras instituciones y en todas esas tonterías para hacer dormir de pie... ¿Sabe usted cómo me ha puesto Guillermo? El entusiasta *Mescurro*, el patriota *Mezafo* y otros motecitos así, no más porque no me pongo á gritar las tonterías que ellos acostumbran... No, nada de avisar á Guillermo: él sabe mi enfermedad y yo me encargo de decirle que usted me está escribiendo al dictado, y aun que le mande fuera del Saltillo á... pues á cualquier cosa; ya veremos.

— Si usted se encarga, señor, yo estoy á sus órdenes...

— Ya lo creo que me encargo.

— Pues cuando usted lo determine.

— Esta noche, amigo: el llanto sobre el difunto.

Y por la noche salieron, muy apareados y muy friolentos los dos antiguos amantes, que iban á pleitar los llanos del Maguey sin tener las escrituras.

II

Las primeras leguas fueron de reserva y de temor; pero como á poco sacó Brambila una botellita de cognac Verbena, el aguardiente desató las lenguas, acercó los cuerpos, puso en contacto las manos é hizo que los ojos despidieran llamas que si no se veían en aquella obscuridad, sí quemaban como dicen que queman los tizones oscuros del infierno.

— Sí, Pepe, dijo la moza abriéndose de capa, yo me porté cochinamente con usted. ¿Para qué es más que la verdad? Pero no me culpe á mí... no me culpe á mí sola: los autores de todo fueron mis padres, mis pobres padres, que tenían la ilusión de hacer carrera conmigo... Y ya ve usted, la suerte me castigó por do más pecado había: en un año viuda, huérfana de madre, arruinada, sin recursos... ¿Qué le parece? Yo he sido siempre de buenas inclinaciones, he buscado toda mi vida un... ser á quien amar; pero la suerte se me ha declarado en contra... Yo soy buena, Pepe; ¿te acuerdas cuando te decía que estaba cortada para rica y hecha para pobre? Es la verdad, Pepito, es la verdad. A mí me habría bastado con tu cariño, con tu cariño desinteresado, y con tu sueldo de escribiente lo habría pasado mejor que con la bambolla de ese hombre...

— Pero no me dijiste media palabra; si me la hubieras dicho yo habría corrido á salvarte, á hacerte mía, exclamó con arranque lírico el muchacho trayendo á la memoria un trocito de novela que se le había quedado trasconeado en la sesera.

— ¡Ah, Pepe, Pepito! respondió la otra no menos empingorotada; ¡qué fácil es decirlo, pero qué difícil es practicarlo! Cualquiera piensa: ¿se necesita desobedecer á los padres? pues se les desobedece; ¿hay que ocurrir á la violencia? pues se ocurre; ¿se tiene precisión de romper con las pragmáticas sociales? pues se rompe... Pero eso está bien sobre el papel, cuando tienes enfrente una novela bien escrita y te entusiasmas con lo que te cuenta el autor, diestro en esas cosas y capaz de hacerte tragar cualquier bola; mas ponte en mi caso, sumisa, obediente, acostumbrada á venerar á mis padres, sabiendo que un disgusto (como me lo dijo Lucio más de una vez) podía causarles la muerte, y ponte á hacer tu santísima voluntad... Hay que ser prácticos, hijito, hay que ponerse en lo justo: yo te quise mucho, pero de eso á hacer imposibles va mucha distancia... No es lo mismo comer que tirarse con los platos ¿no te parece?

Pepe no quería más que convencerse de que la viuda tenía razón; pero á pesar de su buena voluntad hallaba muchas cosas difíciles de compaginarse en toda la relación que venía haciéndole la guapísima cariátide. Esbozó

algunas objeciones; pero la muchacha, encontrando que la discusión se presentaba de resultados muy turbios, ocurrió á un argumento en *bárbara* que estaba segura le había de producir excelentes resultados, y fué coger la cabeza del escribientillo, acercar su rostro al de él y besarle en la boca, en las mejillas, en la frente, en todas partes, diciéndole cosas, como:

— ¡Qué malo eres, que has dudado de mi cariño! ¡si á ti no más te quiero! ¡á ti no más te quiero con toda mi alma! ¿Verdad que lo crees? ¿Verdad que tú también me quieres?

Como menudeara el besuqueo, Brambila, que no era manco, le respondió por los propios consonantes, entonándose luego un duo de amor en que si ella se mostró insinuante y llena de acometividad, él supo elevar la nota hasta alturas inconmensurables.

— Para que veas, exclamó ella llena de arretrato, para que veas que te quiero y que no tengo secreto para ti, voy á decirte á lo que voy á Monterrey: voy á hablar con Vidaurri, á tratar con él.

Y Pepe, que no sabía quién era Vidaurri ni los bienes que le vinieran con la gracia de charlar con él al que lo hiciera, se fingió asombrado al oír aquella noticia, que le parecía de la insignificancia más grande.

— ¿Qué dices? ¿Con Vidaurri? ¿De veras? ¡Vaya que emprender un viaje para ir á charlar con ese señor... Vidaurri!

— Como lo oyes; nada menos que con el célebre Vidaurri.

— Pues me dejas... me dejas asombrado.

Y las explicaciones de ella se perdieron entre el ruido que hacía el coche al romper una caliza quejumbrosa que resonaba con rumor de herraje: media hora después estaban en Monterrey.

III

El licenciado había dispuesto con nimiedad el punto relativo á alojamientos, determinando que se buscara un hotel decente, cuartos contiguos, pero no comunicados, y que las apariencias quedaran tan á salvo como fuera posible.

— No vale ser sino parecer. Aunque tú eres una señora viuda y él es un hombre casado y los dos son personas serias, es menester que hagan como si fueran simples parientes. No hay para qué le den un ochavo al pregonero poniendo carteles en las esquinas y haciendo recaer suposiciones que no tienen ningún fundamento. Tú inventaste esta traza para no ir sola, y ya ves que me ha parecido bien, porque sé que eres, que son los dos, gentes muy cuerdas y muy sensatas... Este muchacho, tal como le veo, ni parece de la raza tremenda de los Amadores; más bien debe de haber sacado á la familia del padre, que era

gente seria y nada amante de broncas... Conque dos cuartitos bien distantes y guardando todas las apariencias.

Pero los felices y resellados amantes no encontraron aquello de su gusto, y fueron á habitar en una pieza de menguado mesón, pasando ante todo el mundo por un matrimonio bien avenido.

A la viuda le dió tan fuerte con la unión repentina, que no quería dejar un punto al venturoso Brambila, así es que por la tarde, cuando María solicitó el favor de ver al señor Vidaurri, llevó con ella á su marido momentáneo presentándose al señor gobernador.

Don Santiago Vidaurri se hallaba en su casa, que también era el palacio del Estado de Nuevo León y Coahuila, que por cierto le pareció al matrimonio un caserón sin el decoro y la importancia que hacía presagiar su nombre. Don Santiago se hallaba sentado en un sillón de cuero que no pecaba de limpio ni de nuevo — un *butaque* como se decía entonces. — Se puso en pie al ver á las visitas y éstas pudieron contemplar á sus anchas aquel cuerpo que parecía los de esos cirqueros que suelen treparse en los hombros de otros para simular gigantes. Era cargado de hombros, de talle corto, de piernas larguísimas y de brazos de mono. Vestía pantalón y chaqueta de buen tricó negro, llevaba el chaleco desabrochado y usaba zapatones de gamuza negruzca sujetos con correhuelas,

dejando ver los calcetines enormes y bastos, aunque limpios, y las pantorrillas flacas, semejantes á uno de esos palos que ahora usan para jugar no sé qué juego ameri-



cano. La piel de la cara era amarillenta, la nariz grande y mal hecha, la frente calva y con una *furia* de pelo que le bajaba desde el occipucio, la barbilla menguada y ti-